

Galiana; Malique Alabéz con su dama Cobayda, y muy bien, por ser estremada en todo; Abindarraez danzó con la hermosa Jarifa, y Venegas con la bella Fátima; Almoradi, un bizarro caballero pariente del rey, danzó con Alhorayda; un caballero Zegri danzó con la hermosa Sarracina; Algamun Abencerraje con la linda Daraja, y en acabando de danzar al tiempo que el caballero Abencerraje le hizo una cortesía, ella haciéndole reverencia le dió el ramillete, y él lo recibió con mucha alegría, y lo estimó en mucho, por ser de su mano.

El valiente Muza, que había estado mirando la danza, y no quitaba los ojos un momento de su señora Daraja, visto que le había dado el ramillete que le había enviado á su dama, ciego de enojo y pasión que recibió por ello, sin tener respeto al rey ni á los demás caballeros que en la real sala estaban, se fué al Abencerraje con una vista tan horrible, que parecía echar fuego por los ojos, y con voz soberbia le dijo al Abencerraje: «di, vil y bajo villano, descendiente de cristianos, mal nacido, sabiendo que aqueste ramo fué hecho por mi mano, y que se lo envié á Daraja, lo osaste recibir, sin considerar que era mio; si no fuera por lo que debo al rey, por estar en su presencia, ya hubiera castigado tu loco atrevimiento.» Visto por el bravo Abencerraje el mal proceder de Muza, y el poco respeto que tuvo á su antigua amistad, no menos encolerizado que él, le respondió diciendo: «cualquiera que dijere que soy villano y mal nacido mente mil veces, que yo soy muy buen caballero ó hijo-dalgo, y después del rey mi señor, no es ninguno tal como yo.» Diciendo esto, los caballeros pusieron mano á las armas para herirse, lo cual hicieron si el rey no se pusiera en medio, y todos los caballeros. Y muy enojado el rey contra Muza por haber sido el movedor de la causa, le dijo palabras muy sentidas; y por haber tenido tanto atrevimiento en su presencia, mandó saliese desterrado de la corte. Muza dijo que se iría, y que algún día, en escaramuzas de cristianos, le echaría menos, y diría: «¿dónde está Muza?» Diciendo esto volvió las espaldas para salir de Palacio; mas todos los caballeros y damas le detuvieron, y suplicaron al rey que se quitase el enojo, y alzase el destierro á Muza; y tanto se lo rogaron los caballeros, la reina y las damas, que le perdonó é hicieron amigos á Muza y al Abencerraje, y le pesó á Muza de lo hecho, porque era amigo de los Abencerrajes.

Pasada esta cuestión se movió otra peor, y fué que un caballero Zegri, que era la cabeza dellos, le dijo á Abenhamet Abencerraje: «el rey mi señor echó culpa á su hermano Muza, y no reparó en una razón que dijisteis, que después del rey no había caballeros tales como vos, sabiendo que en palacio los hay tales y tan buenos como vos, y no es de buenos caballeros adelantarse tanto, y si no fuera por alborotar el real palacio, os digo que os había de costar bien caro lo que hablasteis en presencia de tantos caballeros.» Malique Alabéz, que era muy cercano deudo de los Abencerrajes, como valiente y osado, se levantó y respondió al Zegri muy valerosamente, diciendo: «mas me maravillo de tí en sentirte tú solo, adonde hay tantos y tan preciados caballeros, y no había ahora para qué tornar á remover nuevos escándalos y alborotos; porque lo que Abenhamet dijo fué muy bien dicho, porque los caballeros de Granada son bien conocidos quién son y de dónde vinieron, y no penseis vosotros los Zegries, que porque sois de los reyes de Córdoba descendientes, que sois mejores ni tales como los Abencerrajes, que son descendientes de los reyes de Marruecos y de Fez, y de aquel gran Miramamolín. Pues los Almoradíes, ya sabéis que son de aquesta real casa de Granada, también de linaje de los reyes de Africa. De nosotros los Maliques Alabeces, ya sabéis que somos descendientes del rey Almohabaz, señor de aquel famoso reino de Cuco, y deudos de los famosos Malucos; pues

donde están todos estos y habían llamado, ¿por qué tú quieres renovar nuevos pleitos y pasiones? Pues sabe que es verdad lo que te digo, que después del rey nuestro señor, no hay ningunos caballeros que sean tales como los Abencerrajes, y quien dijere lo contrario mente, y no le tengo por hidalgo.» Como los Zegries, Gomeles y Mazas, que eran deudos, oyeron lo que Alabéz decía, encendidos en saña se levantaron para darle la muerte. Los Alabeces, Abencerrajes y Almoradíes, que era otro bando, viendo su determinación, se levantaron para resistirle y ofenderlos.

El rey, que tan alborotado vió el palacio, y el peligro de perderse toda Granada, y así también todo el reino, se levantó dando voces, diciendo: «pena de traidor cualquiera que mas se moviere y sacare armas;» y diciendo esto, asíó á Alabéz y al Zegri, y llamó la gente de la guarda, y los mandó llevar presos. Los demás caballeros se estuvieron quietos por no incurrir en la pena de traidores. Alabéz fué preso en el Alhambra, y el Zegri en Torres Bermejas, y puestas guardas los tuvieron á buen recado. Los caballeros de Granada procuraron hacer las amistades, y al fin se hicieron interviniendo en ellas el rey, y fuera mejor que no se hicieran, como se dirá adelante.

CAPITULO VI.

Cómo se hicieron fiestas en Granada, y por ellas se encendieron mas las enemistades de los Zegries, Abencerrajes, Alabeces y Gomeles, y lo que pasó entre Zaide y Zaida acerca de sus amores.

Antes de pasar adelante con la fiesta concertada, diremos del valeroso Zaide y de la bella Zaida, á quien él tanto estimaba, y era tan público en Granada, que ya no se trataba sino de sus finos amores. Sabiendo esto sus padres della, determinaron de casarla con otro, y dar fama dello, porque Zaide se apartase de aquel propósito, y perdiese la esperanza de sus amores, y cesase en pasearle su calle y puerta, porque no fuese el honor de Zaida tan rompido. Y con este intento pusieron mucho recato en su hija, no dejándola poner á las ventanas, porque no hablase con Zaide; pero poco aprovecharon sus prevenciones, porque no por eso dejaba Zaide de pasear la calle, ni ella le dejaba de amar con mas fervor que de antes. Y como se publicaba el casamiento de Zaida por toda la ciudad, y que sus padres la casaban con un moro de Ronda, poderoso y rico, el bravo Zaide no podia sosegar de noche ni de día, ocupado en varias imaginaciones, procurando estorbar el casamiento con darle muerte al desposado. Y no cesando un momento de pasear la calle de su dama, por ver si la podia hablar para saber della su voluntad, porque espantaba el gallardo moro de que su Zaida consintiese en el casamiento, á causa de la fe y palabra que entre los dos se habían dado, la aguardaba por ver si salía á un balcon, como solia hacer.

La bella Zaida no estaba con menos pena y cuidado que su galán, deseosa de hablarle, y darle cuenta de lo que sus padres tenían tratado; y así salió al balcon, y vió al valeroso Zaide que se andaba paseando solo, con un semblante triste y melancólico; y alzando los ojos al balcon, y viendo á la hermosa Zaida tan gallarda y bizarra, se le quitó luego todo su mal, y llegándose al balcon temeroso habló á su mora desta manera: «dime, bella Zaida, ¿es verdad esto que se dice, que tu padre te casa? Si es verdad, dimelo, no me lo encubras, ni me traigas suspenso; porque si es verdad, vive Alá que tengo de matar al moro que te pretende, para que no goce de mi gloria.» La hermosa Zaida le respondió (los ojos muy llenos de lágrimas): «así me parece, Zaide, que mi padre me casa: consuélate, y busca otra mora á quien servir, que por tu gran valor no te faltará; ya es tiempo que nuestros amores tengan fin: el cielo sabe las pesadumbres que por tu causa he tenido con mi padre. — ¡Oh cruel! respon-

dió el moro, ¿es pues esa la palabra que me tienes dada de ser mia hasta la muerte? — Vete, Zaide, dijo la mora, porque viene mi madre buscándome; y así ten paciencia.» Diciendo esto, se quitó del balcon llorando, quedando el valeroso moro confuso, sin saber lo que determinar para alivio de su pena; y determinando de no dejar su pretension, sin perder la escaramuza de su pensamiento, desocupó el puesto, dejando allí el alma. Por esto que le pasó á Zaide con su mora, se dijo este romance:

Por la calle de su dama
Paseándose anda Zaide,
Aguardando que sea hora
Que se asome para hablarle.
Desesperado anda el moro
En ver que tanto se tarde,
Que piensa con solo verla
Aplacar el fuego en que arde.
Viola salir á un balcon
Mas bella que cuando sale
La luna en la oscura noche,
Y el sol en sus tempestades.
Llegóse Zaide, diciendo:
Bella mora, Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen
Tus criados á mis pajes.
Dícen que dejarme quieres,
Porque pretendes casarte
Con un moro que ha venido
De las tierras de tu padre.
Si eso es verdad, Zaida bella,
Declárate, no me engañes;
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe.
Humilde responde al moro:
Mi bien, ya es tiempo se acabe
Vuestra amistad y la mía,
Pues que ya todos lo saben.

Que perderé el ser quien soy
Si el negocio ya adelante:
Alá sabe si me pesa,
Y lo que siento dejarte.
Bien sabes que te he querido
A pesar de mi linaje,
Y sabes las pesadumbres
Que he tenido con mi madre
Sobre aguardarte de noche,
Como vienes siempre tarde;
Y por quitar ocasiones,
Dícen que quieren casarme.
No te faltará otra dama
Hermosa, y de galán tallo,
Que te quiera y tú la quieras,
Porque lo mereces, Zaide.
Humilde responde el moro,
Cargado de mil pesares:
No entendi yo, Zaida bella,
Que conmigo tal usases:
No entendi que tal hicieras,
Que así mis prendas trocasses
Con un moro feo y torpe,
Indigno de un bien tan grande.
Tú eres la que dijiste
En el balcon la otra tarde:
Tuya soy, tuya seré,
Y tuya es mi vida, Zaida.

Aunque la bella Zaida pasó con su Zaide todo lo que habeis oido, no por eso le dejaba de amar en su corazón, y el gallardo Zaide asimismo la amaba. Aunque la dama le despidió, muchas veces se hablaban, no con tanta libertad, porque sus padres no lo sintiesen; y le hacia todos los favores que solia, aunque el moro, por evitar escándalo, no continuaba en pasear la calle de su dama; mas no era tan en secreto, que no fuese sentido del moro Tarfe, amigo de Zaide, el cual tenia una envidia mortal en su alma, porque amaba de secreto á Zaida; y considerando que jamás Zaide dejaria de amar á la bella Zaida, acordó de revolverlos, poniendo cizaña entre los dos, aunque esto le costó la vida; porque así acaece á los que no son leales con sus amigos. Pues volviendo al caso de las fiestas atrás referidas, trataremos primero de un romance, que compuso un poeta en respuesta del pasado, y después diremos lo que en las fiestas pasó. Dice así el romance:

Bella Zaida de mis ojos,
Y del alma bella Zaida,
De las moras la mas bella,
Y mas que todas ingrata:
De cuyos rubios cabellos
Enreda amor mil lazadas,
En que ciegas de tu vista
Se rinden mil libres almas:
¿Qué gusto, fiera, recibes
De ser tan mudable y varia,
Y con saber que te adoro,
Tratarme como me tratas;
Y no contenta de aquesto
De quitarme la esperanza,
Porque de todo la pierda
De ver mi suerte trocada?
Ay cuán mal, fiera enemiga,
Lás veras de amor me pagas,
Pues en cambio del me ofreces
Ingratitud y mudanza!
¡Cuán presto le diste al viento
Tus promesas y palabras!
Pero bastaba ser tuya,
Para que tuviesen alas.
Acuerdate, Zaida hermosa,
Si aun aquesto no te enfada,
Del gusto que recibias
Cuando rondaba tu casa.

Si de día, luego al punto
Salías á las ventanas;
Si de noche en el balcon
O en las rejas te hallaba.
Si tardaba ó no venia,
Mostrabas celosa rabia.
Mas ahora ¿en qué te ofendo,
Que acorte el pasar me mandas?
Mándasme que no te vea,
Ni escriba billete ó carta,
Que un tiempo tu gusto fueron,
Mas ya tu disgusto causan.
Ay, Zaida, que tus favores,
Tu amor, tus palabras blandas
Por falsas se han descubierto,
Y descubres que eres falsa.
Eres mujer, finalmente,
A ser mudable inclinada,
Que adoras á quien te olvida
Y á quien te adora desamas.
Mas Zaida, aunque me aborreces
Por no parecerme en nada,
Cuando de hielo tu fueras
Mas sustentaras mi llama.
Pagaré tu desamor
Con mil amorosas ansias,
Que el amor fundado en veras
Tarde se rinde á mudanza.

Por ser aqueste romance bueno, y aludir mucho al pasado, se puso aquí, y por adorno de nuestra obra. Pues tornando á nuestro moro Zaide, valeroso y gallardo Abencerraje, quedó tan apasionado por lo que la bella Zaida le dijo, que le puso en extremo su pensamiento en si era verdad que los padres de Zaida la querían casar. Con este cuidado andaba el gallardo moro muy pensativo, y por consolarse paseaba la calle de su dama; pero ella no salía á las ventanas como otras veces solia, sino era muy

de tarde en tarde. Aunque la bella y hermosa mora le amaba tiernamente, no lo manifestaba, por no dar enojo á sus padres, y por esto no osaba hablar con su querido y amante moro; lo cual él sentia mucho, y lo mostraba hasta en los trajes y vestidos, porque conforme á la pasión que sentia, así traía el vestido, y por él juzgaban los caballeros y damas de Granada los efectos de su causa y de sus amores. Pues con estas congojas y pesadumbres andaba el valeroso Zaide tan imaginativo, sin poderlas apartar de su pensamiento, que le vinieron á poner en grande extremo y flaqueza, y estuvo muy mal dispuesto; y por consolarse, lleno de amorosas ansias, una noche muy oscura, buena á su propósito, bien aderezada la persona, y solo con un laud, se fué á la calle de su adorada mora á media noche, y comenzando á tocar el instrumento con mucho pesar, cantó en arábigo esta sentida canción:

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras penas
Mis lágrimas sentimiento,

Tanto, que de su tormento
Dieron unas y otras señas;
Y pues ellas no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

No sin falta de lágrimas decía esta canción el enamorado Zaide al son de su sonoro laud, acompañado de muy ardientes suspiros que le salían del alma, con que acrecentaba más las ansias de su pasión. Y así como el enamorado moro sentia pasión en su alma, como lo mostraba, no la tenia menor la bella Zaida, la cual luego que sintió el laud, y que quien le tocaba era su querido Zaide, porque en eso le conocía, se levantó muy quedito, y se fué á un balcon bajo, donde oía la canción y los suspiros que daba su amante, y enternecida le acompañaba en su mismo sentimiento con tristes lágrimas, trayendo á la memoria la sentencia de la canción, y por la causa que el moro la decía: la cual era de saber, que la primera vez que Zaide vió á su hermosa Zaida, fué en Almería un día de San Juan, siendo capitán de una fusta, con la cual hacia el moro grandes entradas, y muy grandes robos por la mar, y acaso llegó Zaide con su bajel á la playa de Almería, á la sazón que la bella Zaida estaba en ella holgándose con sus padres y parientes. Traía el moro gallardo en su navio ricos despojos de cristianos, y con muchas flámulas, gallardetes y banderas tendidas, las cuales adornaban y hermozeaban el navio, y fué causa que su padre de Zaida y ella entrasen á ver el navio y al capitán dél, el cual fué dellos conocido. El valeroso y gallardo Zaide los recibió con muy grande alegría y aplauso, poniendo los ojos en la bella Zaida, á la cual presentó muchas y muy riquísimas joyas, con las cuales descubrió su deseo y amor, y quedó amartelado della, y ella asimismo se enamoró del bizarro moro. Finalmente, se trató entre ellos que se fuese Zaide á Granada, y se tuviesen mucha fe y amor. El aceptó el partido, y determinó dejar la mar é irse á Granada, dejando su navio á un deudo suyo. Y estando en Granada el gallardo Zaide sirvió á su dama hasta aquel punto; y visto el proceder de los padres de su querida mora, y el gran disfavor que ella le había dado, lleno de amorosas llamas, le cantó la canción dicha, trayendo á la memoria sus primeras vistas.

Así como la bella mora consideró la pena que su amante mostraba en sus acentos, hizo el sentimiento que él, y llegóse al balcon enternecida, y llamóle quedo por causa de sus padres. No se tardó el bizarro moro en su ida, y llegándose cuanto pudo al balcon muy gozoso, le dijo su dama: «¿cómo, Zaide, todavía perseveras? ¿No sabes que me infamas? Advierte la nota que das; considera que mis padres me tienen puesta en vida estrecha solo por tu causa. Vete antes que seas sentido dellos, porque han jurado que si no hay emienda, que me han de enviar á Coín á casa de mi tio; no dés lugar á esto, porque será mi vida acabada. Y no imagines que te he olvidado, que tan en mi alma te tengo como antes. Pasen estos nublados, que Alá nos enviará bonanza.» Y llorando se apartó de su amante

dejando á su amado moro en tinieblas faltándole su luz; el cual confuso se apartó de aqueste puesto, no sabiendo el fin que habia de tener su amado deseo.

Pues volviendo al pasado sarao, y á las prometidas y concertadas fiestas, las cuales fuera mejor que no se concertaran ni hicieran, por las revoluciones y pesadumbres que en ellas hubo, y duraron por mucho tiempo después, como mas largamente adelante diremos; en este sarao y fiesta se halló el gallardo y valiente Zaide, caballero Abencerraje, el cual amaba á su bella Zaida, y ella á él, y era con tanto extremo el amor que se tenían, que no escedia un punto de su gusto el uno del otro; y entreteníanse ambos sin gozarse, con solo verse y hablarse, hasta que llegase el venturoso día de su deseado casamiento. Un día la bella mora hizo una linda trenza de sus hermosos cabellos, pues eran mas que hebras de oro de Arabia, y con sus manos se la puso en el turbante á su querido Zaide; el cual quedó muy ufano, contento y gozoso con el nuevo bien y favor. Audalá Tarfe, su amigo, le pidió le dijese la causa de su demasiado contento; y como quiera que no se gozan tanto los bienes y contentos que no se comunican, fiado en su grande amistad, y debajo de secreto, le declaró la causa, y enseñó la prenda estimada que su dama Zaida le habia dado. El moro Tarfe, lleno de envidia y mortal rabia, viendo cuán favorecido y estimado estaba con Zaida, determinó de revelar el secreto á la hermosa mora, y buscando ocasion para hablarla un día, la dijo: «eres tú, señora, la que tanto amas á Zaide? ¿La doncella tan estimada, querida y tenida de todos en Granada y fuera della? Pues tu honra anda muy caida, que no ha mucho que en una conversacion, tratando de los galanes favorecidos de sus damas, se quitó el turbante, y nos enseñó á todos una trenza de cabellos, y dijo ser tuyos, tejida y puesta allí por tu mano: mira si son señas bien conocidas.» Creyóle ser así, y como propiamente la mujer es mudable, todo su amor se volvió en rencor y odio, y le dió gran tristeza y pena, considerando cómo andaba su honor; y luego le envió á llamar, y una criada le dijo, que habia poco que él habia preguntado qué colores le agradaban, y quién la visitaba. Venido Zaide muy alegre, ella encendida en cólera le dijo: «ruégote que por mi calle ni casa no pases, ni hables con nadie de mi casa, porque está mi honra muy abatida por tu causa; la trenza que te di enseñaste á Tarfe, y á otros; y así no hay que confiar en tí cosa alguna, y no esperes de hablarme jamás.» Y diciendo esto, se entró llorando en un aposento, sin bastar las disculpas del enamorado moro, que la decia que mentaban cuantos lo habian dicho. En vista de que no aprovechaban sus palabras, juró de matar al moro Tarfe, y por esto se hizo este romance:

Mira, Zaide, que te aviso,
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis criadas,
Ni con mis cautivos trates.
No preguntes en qué entiendo,
Ni quién viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Bastó que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Cortada de haber mirado
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que tienes galas de saugre;
Que eres gallardo jinete,
Que danzas, cantas y tañes,
Gentil hombre, bien criado
Cuanto puede imaginarse;
Blanco y rubio por extremo,
Esclarecido en linaje,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires;
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo,
Fuera posible adorarte;
Y por este inconveniente
Determino de dejarte,
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades,
Habrá menester ponerte

Quien quisiere sustentarte,
Un alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcázar.
Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes,
Porque los quieren briosos,
Que hundan, y que desgarran.
Y con esto, Zaide amigo,
Si algún banquete las haces,
Del plato de tus favores
Quíteres que coman y callen.
Costoso fué el que me hiciste:
Venturoso fueras, Zaide,
Si conservarme supieras,
Como supiste obligarme.
Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de la tuya
Y de mi desdicha alarde.
A un morillo mal nacido,
Me dijeron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,
Que le puse en el turbante.
No pido que me la des,
Ni que tampoco la guardes,
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.
También me certificaron,
Cómo le desahastó
Por las verdades que dijo,
Que nunca fueran verdades.
De mala gana me río;
¿Qué donoso disparate!

No guardas tú tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpas,
Otra vez vuelvo á avisarte,
Esta será la postrera.

Que me veas y te hablo,
Dijo la discreta mora
Al alívio Abencerraje,
Y al despedirse replica:
Quien tal hace, que tal pague.

Este romance se hizo por lo que atrás dejamos dicho, y viene á propósito á la historia. Y volviendo á ella quedó Zaide tan desesperado viendo el cruel desdén de su dama y siendo mentira todo aquello que le increpaba, que saliendo de allí, casi perdió el juicio, y en cólera ardiente fué á buscar á Tarfe para matarle, y le halló en la plaza de Vivarambla, dando orden de algunas cosas para las venideras fiestas. Llamóle aparte, y dijo: «¿por qué me has revuelto con mi señora Zaida, no guardando la ley de mi amistad?» Tarfe le respondió: «yo no te he revuelto con tu dama, y estoy inocente de lo que dices, y de mí no debes presumir tal.» Zaide se afirmaba en lo dicho; Tarfe lo negaba, y se dijeron palabras muy ofensivas. Cesaron las lenguas, y echando mano á sus alfanjes, pelearon muy bien, y Zaide dió á Tarfe una herida mortal, de la cual murió dentro de tres días. Los Zegries quisieron matar á Zaide, por ser amigos de Tarfe; acudieron los Abencerrajes presto, y si no viniera el rey, aquel día se perdiera Granada, porque Muzas, Gomeles, Zegries y los de su bando se armaron para herir á los Abencerrajes, Gazules, Venegas y Alabeces; mas el rey Chico acompañado de muy principales caballeros de otros linajes, hicieron tanto que los apaciguaron, y á Zaide le llevaron preso á la Alhambra. Hecha la averiguacion del caso, se halló que Tarfe era culpado; y porque el honor de la bella Zaida no fuese manchado, hizo el rey que Zaide se casase con ella, y le perdonó la muerte de Tarfe. Por esto quedaron los Zegries enojados; pero no por eso cesaron las fiestas concertadas, porque el rey mandó que se hiciesen. No faltando quien á Zaida respondiera á su mandato desta suerte:

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que mire, y que calle?
No des crédito á mujeres,
Ni á mal fundadas verdades.
Que si pregunto en qué entiendes
O quién viene á visitarte,
Fiestas son de mi contento
Las colores que te salen.
Si dices son por mi causa,
Consuélate con mis males,
Que mil veces con mis ojos
Tengo regadas tus calles.
Si dices que estás corrida,
De que Zaide poco sabe,
No supe poco, pues supe
Conocerle y adorarle.
Conoces que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
No las tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme.
Mas si ha querido mi suerte
Que ya en quererte te canses,
No pongas inconvenientes
Mas de que quieres dejarme.
No entendí que eras mujer
A quien novedad aplace;
Mas son tales mis desecuidos,
Que aun en lo imposible hacen.
Yo soy quien pierdo en perderte
Y gano mucho en amarte;
Y aunque hables en mi ofensa,
No dejaré de adorarte.

Dices que si fuera mudo
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño no lo he sido,
Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Que no te hablo me mandas,
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales,
Mi boca la del silencio,
Que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales,
Mas el hacer disfavores
Solo pertenece á infamcas.
Zaida cruel, hasme dicho
Que no supe conservarte;
Mejor supe yo quererte,
Que tú supiste obligarme.
Mienten los moros y moras,
Y miente el villano Tarfe,
Que si yo le amenazara,
Bastara para matarle.
Ese perro mal nacido,
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos,
Que en bajo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
Y he de escribir con su saugre
Lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hace, que tal pague.

Esta es la historia del valeroso moro Zaide Abencerraje, por la cual se han hecho dos romances, á mi parecer buenos, donde nos dan á entender cómo no es bueno volver á nadie, porque dello no se espera sino el galardón de Tarfe, que murió á manos de su buen amigo Zaide. Y si acaso es mentira que Tarfe no lo habia dicho, tomaremos ejemplo en la liviandad de Zaida, que por creerse de lijero fué causa de la muerte de Tarfe.

Finalmente, por esto, y por las palabras que el Malique Alabez habia hablado en el sarao, y Zulema Abencerraje, todos los Zegries, Gomeles, Mazas y los de su bando quedaron muy enojados, y con malos propósitos y deseos de vengarse del agravio recibido en presencia del rey, y de los caballeros y las damas; pues estaba en el sarao y en aquella fiesta toda la flor y nobleza de Granada, y aun del reino todo; porque fué mucha desventolura la de Malique

Alabéz, y se alargó mucho el Abencerraje también; mas como se habian hecho las amistades, no trataban dello ni lo daban á entender; pero el rencor estaba arraigado en sus corazones, y por no mostrar el odio mortal en que ardian, se comunicaban con los Abencerrajes y Alabeces, disimulando en todo lo que podian, puesto que eficaz y grande deseo tenían de vengarse todos los del linaje Zegri, como pareció después.

Estando un día todos los Zegries en el castillo de Bibatambien, morada de Mahomad Zegri, cabo y cabeza de los Zegries, tratando de las cosas pasadas, trayendo á la memoria las palabras de Alabéz, y de las fiestas que esperaban de torneo y juego de cañas, Mahomad Zegri habló á todos los presentes desta manera: «bien sabeis, ilustres caballeros Zegries, cómo nuestro real y antiguo linaje ha sido tenido en tanto en España y en Africa, y cómo han sido nuestros antecesores reyes de Córdoba, y cómo ahora ha sido vituperado y ofendido nuestro honor por los Abencerrajes; y los Almoradis son nuestros enemigos, porque se han vuelto contra nosotros; con lo cual estoy tan rabioso, que muero de pesar, y lo que me alivia y entretiene es la confianza que tengo de verme vengado. El agravio es de todos, y todos nos hemos de satisfacer; ahora nos ofrece muy buena ocasion la fortuna; aprovechémonos della, y es procurar matar en el torneo ó en las cañas á Malique Alabéz y al soberbio Abencerraje; que muertos estos, iremos dando traza cómo se acabe de todo punto este pérfido linaje de los Abencerrajes, que tan estimados y queridos son de todos; y para esto el día del juego de cañas hemos de ir bien armados con jacos fuertes debajo de las libreas. Y pues el rey me ha hecho cuadrillero, saldremos treinta Zegries, y llevaremos libreas rojas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua divisa de los Abencerrajes, para que sea por esto instrumento de que se enojen con nosotros, y se revuelva cuestion, y venidos á batalla, cada uno haga como quien es, y pues llevaremos armas, no hay duda sino que los maltrataremos: no hay que temer, pues tenemos de nuestra parte Muzas y Gomeles; y si no les diere nada á los Abencerrajes de la divisa azul, en el juego de cañas les tiraremos agudas lanzas en el lugar de cañas. Este es mi parecer, decidme ahora el vuestro.» Así como acabó Mahomad de decir su razonamiento, respondieron todos, que era justo lo que decia, y que era buena la traza, que cada uno haria lo posible por vengarse; y concertado esto, fué cada uno á su casa.

A esta sazón ordenaban su cuadrilla Muza y los Abencerrajes, siendo cuadrillero el valiente Muza por mandado del rey, en la cual cuadrilla habian de ir Malique Alabéz y los Abencerrajes; y de comun acuerdo sacaron las libreas de damasco azul, forradas en tela de plata fina, con penachos azules, blancos y pajizos, conformes á las libreas: los pendoncillos de las lanzas blancos y azules recamados con mucho oro; en las adargas llevaban por divisas unos salvajes; solo Malique llevaba su misma divisa, que era el liston morado, que atraviesa la adarga una corona de oro con su letra, que decia: *De mi saugre*. Muza llevaba la misma divisa que sacó el día que escaramuzó con el maestro, que era un corazon en la mano de una doncella, apretando el puño, destilando el corazon gotas de saugre, y la letra decia: *Por la gloria tengo mi pena*. Todos los demás caballeros Abencerrajes sacaron listones y cifras á su gusto, puestas de suerte que no quitaban la vista de los salvajes. Concertada esta cuadrilla del gallardo Muza, acordaron de llevar yeguas blancas, enlazadas las colas con cintas azules de seda y oro muy fino.

Llegado ya el celebrado día de la grandiosa fiesta, mandó el rey traer veinte y cuatro toros de los mejores que habia en la sierra de Ronda, que eran allí muy bravos; y puesta la plaza de Vivarambla como verdaderamente convenia para la tal fiesta, el rey acompañado de muchos caballeros,

ocupó los miradores reales, que para aquellas fiestas estaban diputadas. La reina con muchas damas se puso en otros miradores con la misma orden que el rey. Todos los ventanajes de las casas de Vivarambla estaban ocupados de bellisimas damas. Acudió tanta gente, que no habia sitio donde estuviesen, y vinieron muchos de fuera del reino, como fué, de Toledo y de Sevilla, y la flor de los caballeros desta ciudad se hallaron en Granada á la fama de tan grandes fiestas. Los caballeros Abencerrajes andaban corriendo los toros con tanta gallardia y brio, que daban á todos mucho contento en mirarlos, y en verlos hacer aquellas gentilezas les daban mil alabanzas; y particularmente se llevaban tras de sí los ojos de todas las damas, porque eran tan favorecidos dellas, que no se tenia por dama quien no amaba Abencerraje; y donde quiera que habia caballeros deste linaje, eran tan tenidos, estimados y queridos de todos, que causaban envidia á los otros caballeros. Y con mucha razon eran queridos de las damas, porque todos ellos eran galanes y gentiles hombres, hermosos y dotados de discrecion, y muy bien criados, y de buenos respetos. Ninguno llegaba á cualquiera dellos con necesidad que no se la remediase, aunque fuese muy á su costa. Eran deshacedores de agravios, aquietadores de la república, padres de huérfanos, amigos por extremo de la conservacion y obediencia á sus reyes debida. Eran muy amigos de cristianos, porque ellos mismos iban á las mazmorras á visitar á los cautivos, y los consolaban, daban limosnas, y les enviaban de comer; y por estas y otras muchas causas eran tan queridos de todo el reino. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les ofreciesen casos muy arduos. Daban tanto contento con su bizzarria y nobleza, que las damas y toda la gente no apartaban su vista dellos. No menos galas llevaban los gallardos Alabeces. Procuraron mostrar su valor los Zegries, porque alancearon ocho toros muy bien, sin recibir daño ningun Zegri ni los caballos.

A la una de la tarde ya estaban corridos doce toros, y el rey mandó tocar los clarines y dulzainas, que era señal para que todos los caballeros que habian de jugar se juntasen en el mirador, y juntos, muy gozoso el rey, les hizo dar colacion. Lo mismo hizo la reina á sus damas, las cuales tenian galas y trajes nunca vistos, á que daba mas ser la hermosura de quien los tenia puestos. Llevó la reina una rica marlota de brocado, con muy ricas labores de oro y pedreria fina. Tenian un tocado muy costoso, y encima de la frente una rosa encarnada, y en medio della un carbunco precioso. En volviendo el rostro la reina, era tanto el resplandor y claridad que echaba de sí el carbunco, que quitaba la vista á quien lo miraba. La bella Daraja salió de azul, la marlota de damasco picada, forrada de tela de plata, que descubria por las picaduras la fineza de la tela. En el tocado dos plumas, una azul y otra blanca, divisa de los Abencerrajes; estábale muy bien la gala, por ser hermosa, que ninguna dama podia competir con ella. Galiana de Almeria salió con un vestido de damasco blanco con una labor peregrina; la marlota forrada en brocado morado, con unas cuchilladas grandes; su tocado era de artificio. Entendiase bien desta dama en su traje, cuán libre vivia de amor, aunque sabia que Abenamar la amaba mucho, y deseaba servir. Fátima salió de morado (no imitando á Muza en la librea, porque estaba desengañada de que Muza amaba á Daraja, y se empleaba en servirla): la ropa era costosa, por ser de terciopelo, forrada en tela blanca de brocado; el tocado era muy de ver, puesta en él una garzota verde. Finalmente, Cobayda, Sarracina, Alborayda, Jarifa y todas las demás damas que estaban con la reina, salieron con tanta bizzarria, que era cosa notable. En otro balcón estaban todas las damas del linaje Abencerraje, que no habia mas que ver en el mundo. Llevaba la ventaja en todo á las damas Lindaraja, hija de Mahomet Abencerraje. A esta hermosa

dama servía un galán y bizarro moro, llamado Gazul, y en su servicio, y por darla gusto, hizo muchas fiestas en Sanlúcar.

Volviendo pues á nuestro propósito, serían las dos de la tarde, cuando los caballeros y damas acabaron de comer las colaciones, y saltaron un toro de los mas bravos que había entre todos, que no seguía hombre á quien no volteaba, ni la lijereza de los caballos ni de las yeguas bastaba á escaparse de sus veloces cornadas. Era tanta su braveza y lijereza, que en breve espacio le desocuparon la plaza todos los de á pié, aunque contra su voluntad. Como vió su braveza el rey, dijo á los caballeros: «bien será lancear ese toro.» Malique Alabéz pidió licencia para hacer algun lance, y el rey se la dió. Muza venía á pedirla para lancearle, y como se la había dado á Alabéz no la pidió. Bajó de los miradores Alabéz, y subió en un caballo, el cual le había enviado el alcaide de Velez el Rubio y el Blanco, que era primo hermano suyo, hijo de un hermano de su padre, al cual mataron á traición unos caballeros llamados los Alfaquies, por envidia que le tenían, por ser tan querido del rey; pero no compraron muy barata la muerte del noble alcaide, que el rey la vengó bien. Siete hermanos eran estos Alfaquies, y á todos juntos los mandó degollar por la traición que hicieron en matar sin ocasion ni culpa á quien no lo merecía. Sus bienes fueron confiscados por la corona real. Dió pues vuelta Alabéz á toda la plaza, y llegando al balcon donde estaba su señora Cobayda, hizo que se arrojase el caballo, y él humilló la cabeza, haciendo cortesía á su dama y á todas las demás que estaban allí. La dama enamorada de su Alabéz, se levantó y le hizo el acatamiento. Él muy gozoso de haber visto á su querida señora, y tan favorecido, espoleó al caballo, y partió mas veloz que un rayo: tanta era la lijereza del caballo, que apenas se le veía en la carrera. El rey y los caballeros se holgaron de verle; á los Zegries les pesó, porque era mortal la envidia.

Era tanta la gritería de la gente, que ponía grima; y era causa, que el toro había dado vuelta por toda la plaza, habiendo volteado y derribado mucha gente, y muerto cinco ó seis personas, y venía como el viento adonde estaba Alabéz; y como le vió venir, quiso hacer una gentileza, y fué, que saltó del caballo, y aguardó al toro con ánimo osado, el albornoz en la mano izquierda, y cuando bajó el toro la cabeza para hacer su golpe y darle un bote, le echó tan bien el albornoz delante de los ojos, que dió gran contento á todos; y asíéndole de ambos cuernos, le hizo estar quedado á su pesar, porque era grande la fuerza que tenía. El toro procuraba desasirse para matarle, y Alabéz se defendía con el valor de su persona, aunque con mucho peligro. Y pareciéndole al valiente moro que duraba mucho aquella pelea, enojado, y con cólera que tenía, le torció el pescuezo, y con fuerza increíble le derribó en tierra como si fuera muy débil oveja; y como lo vió en el suelo, se fué poco á poco, con semblante apacible, y sin poner el pié en el estribo saltó en su caballo, dejando al toro molido, y tal, que no se pudo levantar de allí, quedando todos muy admirados de su esfuerzo, valor y fortaleza invencible, dándole mil loores. El rey llamó á Alabéz, y fué como si no hubiera hecho cosa alguna; y en llegando, le dijo el rey: «mucho contento me habeis dado, y no se esperaba menos de vuestro valor y nobleza; yo os hago merced de la alcaidía de la fuerza de Cantoria, y de que seáis capitán de cien caballeros.» Alabéz le besó las manos por las nuevas mercedes que le hacía.

Serian á la sazón las cuatro de la tarde, y mandó el rey que se tocara á cabalgar. Oída la señal, todos los caballeros que eran de juego se adelantaron para hacer la entrada, y entre tanto comenzaron una muy acordada música, con diversidad de instrumentos. Luego vino entrando por la boca del Zacatin el gallardo Muza con su cuadrilla Abencerraje. Entrando de cuatro en cuatro, y dando vuelta por

la plaza, haciendo el debido acatamiento al rey, á la reina y á las damas, dieron algunas carreras con muy grande brio y donaire. Eran Muza, Malique Alabéz y treinta Abencerrajes en la cuadrilla, y parecían muy bien las plumas azules y telas de plata sobre nevadas yeguas, que hermo-seaban toda la plaza y amartelaban las damas con su bizarria. No con menos gala y brio entraron los Zegries por otra parte, todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, yeguas bayas, y en las adargas una misma divisa puesta en listones azules, que era unos leones encadenados por mano de una dama. Decía la letra: *Mas fuerza tiene el amor*. Desta manera entraron en la plaza de cuatro en cuatro, y juntos hicieron un caracol y escaramuza con mucho concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrajes. Y tomando las dos cuadrillas sus puestos, y apercebidas las cañas, habiendo dejado sus lanzas, al son de las trompetas y dulzainas se comenzó á trabar el juego con mucha gallardia, donaire y brio, de ocho en ocho. Los Abencerrajes, que habían reparado en las plumas azules que los Zegries traían, antigua divisa suya, muy enojados les tiraban á los turbantes, por derribárselos, muy valerosamente; mas no pudieron los Abencerrajes salir con su intento, y así andaban jugando con muy gran concierto, que era mucho de ver, y daban grande contento á todos los que les miraban.

Mahomad Zegri, como tenía tratado con todos los de su linaje de dar la muerte á Malique Alabéz, ó á alguno de los Abencerrajes por las palabras dichas, dió orden que Malique Alabéz saliese de la parte contraria, y cayese en su cuadrilla, teniendo inteligencia para que él y los ocho revolbiesen sobre Alabéz y los suyos. Y habiendo corrido seis veces, dijo el Zegri á los de su cuadrilla: «ahora es tiempo, que está el juego encendido; venguémonos, pues se nos ofrece buena ocasion;» y tomando una lanza con un muy agudo hierro, aguardó que Malique Alabéz viniese con los ocho caballeros de su cuadrilla, revolviendo sobre los de la contraria parte, como es uso y costumbre en semejantes juegos; y al tiempo que Malique Alabéz volvia cubierto con su adarga contra él y los suyos, salió el Zegri, y llevando puestos los ojos en Malique Alabéz, mirando por dónde mejor le pudiese herir, le arrojó la lanza con tanta fuerza, que pasó la adarga de una parte á otra, y el agudo hierro entró en el brazo derecho, que se lo pasó con mucha brevedad. Muy grande fué el dolor que el valeroso Malique Alabéz sintió de aqueste golpe, porque le atormentó todo el brazo, y aun todo el cuerpo, sin entender que estaba herido; y en habiendo llegado á su puesto puso la mano en la parte que le dolía, y ensangrentósela; y mirando al brazo, viendo la herida, dijo en alta voz á Muza y á los Abencerrajes: «caballeros, grande traición nos han armado los Zegries; lanzas con hierros agudos tiran por cañas; veisme aquí herido.» Los valientes Abencerrajes al punto tomaron sus lanzas para estar prevenidos á lo que se les ofreciese.

A esta sazón volvia el Zegri con su cuadrilla para irse á su puesto, cuando Malique Alabéz con gran furia se atravesó de por medio, viéndose herido, y le tiró la lanza, diciéndole: «traidor, no es de caballero lo que has hecho, sino de villano.» No fué en balde el tiro, pues le pasó el adarga y cota, y le entró en el cuerpo un palmo y mas de lanza, y luego cayó el Zegri de la yegua casi muerto. De ambas partes había apercebimiento para lo que se ofreciera, y empezaron una escaramuza brava y sangrienta; y como los Zegries iban bien armados, llevaron lo mejor de la batalla; y como era tanto el valor de Muza y del valiente Alabéz, y el de los Abencerrajes, no dejaban de maltratar á los Zegries, y hacerles daño notable. La voz era y algazara era mucha, y cuando vió el rey encendido el juego, bajó á la plaza, y subió en una yegua, y entró entre los lidiadores con un baston, diciendo: «afuera, afuera.» Asimismo todos los caballeros desinteresados ayu-

daron á poner en paz. Estuvo este dia en peligro de perderse Granada; porque de la parte de los Zegries fueron Gomeles y Mazas, y de la de los Abencerrajes, Almoradis y Venegas. Como los bandos y cismas son tan peligrosos entre los principes y magnates, lo temió el rey, y así hizo todo lo posible para apaciguarlos. Quietos y apartados cada uno en su cuadrilla, el valiente Muza y los de la suya se subieron al Alhambra, llevando consigo á los Almoradis y Venegas. Los Zegries se retiraron al castillo de Bibatambián, llevando muerto á Mahomad Zegri.

La reina y las damas se quitaron de los miradores, dando gritos cuando vieron las veras del juego, porque en los de la lid había maridos, hermanos, parientes y amantes de las damas, y sus lástimas y lloros movían á compasion á todos los que las oían, y en particular las lamentaciones de la hermosa Fátima, llorando su muerto padre: que eran muchos los estremos que hacía, bastantes á enternecer un corazón diamantino. Este desdichado fin tuvieron las fiestas, quedando muy revuelta Granada, y por eso se hizo este romance.

Afuera, afuera, afuera,
Aparta, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas,
Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrajes de fama,
Conformes en las libreas
De azul y tela de plata.
De listones y de cifras
Travesadas las adargas:
Yeguas de color de cisne,
Con las colas encintadas,
Atravesan cual el viento
La plaza de Vivárambla,
Dejando en cada balcon
Mil damas amarteladas.
Los caballeros Zegries
También entran en la plaza:
Sus libreas eran verdes,
Y las medias encarnadas.

Al son de los añalles
Traban el juego de cañas,
El cual anda muy revuelto,
Parece una gran batalla.
No hay amigo para amigo:
Las cañas se vuelven lanzas,
Mal herido fué Alabéz,
Y un Zegri muerto quedaba.
El rey Chico reconoce
La ciudad alborotada:
Con un baston en la mano
Va diciendo: aparta, aparta.
Muza reconoce al rey,
Por el Zacatin se escapa,
Con él toda su cuadrilla
No paran hasta el Alhambra.
A Bibatambián Zegries
Tomaron por su posada:
Granada quedó revuelta
Por esta cuestion trabada.

Quedó la ciudad de Granada tan llena de escándalo y revuelta, porque la flor de los caballeros estaban metidos en estos bandos. El rey Chico andaba suspenso, y admirado de ver las novedades que cada dia había en la corte, y con todas veras procuró hacer las amistades, porque no viniese á mas el daño del sucedido: mandó que se hiciese informacion del caso para castigar á los culpados, y con esto paró la traición, concierto y junta que se hizo en el castillo de Bibatambián contra Alabéz y los Abencerrajes. El rey quiso proceder contra los Zegries; mas todos los caballeros le suplicaron los perdonase, y considerase que era ya muerto el caudillo del bando. El rey los perdonó é hizo las amistades, y así se quietó la ciudad, como de antes lo estaba, que no fué poco.

CAPITULO VII.

Del triste llanto que hizo la hermosa Fátima por la muerte de su padre, y cómo se iba á Almería la bella Galiana, si su padre no viniera, la cual estaba muy vendida de amores de Sarracino; y de lo que entre él y Abenamar pasó una noche debajo de las ventanas del real palacio.

Muy gran llanto era el que hacía la bella Fátima por la muerte de Mahomad Zegri, su padre; y era en tanto modo su sentimiento y dolor, que se temía no perdiese el juicio ó la vida, porque no bastaba la reina, ni alguna otra dama á consolarla. Era tan grande el dolor que tenía en su afligido corazón, que del sentimiento, llanto y desconsuelo enfermó y enflaqueció de tal suerte, que parecia otra de la que ser solia. Visto que no admitía consuelo ninguno, y que las medicinas no la daban mejoría, acordaron enviarla á Almería á casa del alcaide della, que era su pariente, el cual tenía una hija muy hermosa y discreta, que sería posible aliviarse allí, y quitarse la tristeza que tenía; y allí la llevaron, donde fué bien recibida y regalada.

La hermosa Galiana vivía libre de amor, y fué herida de amores de Hamete Sarracino, y con grande esceso; y como se acababa la licencia que de su padre tenía para estar en Granada, envió á llamar al valiente Sarracino con mucho secreto. Dado el recado, vino al punto á pala-

cio, y entrando en el aposento de la bella mora, vió que estaba sola, y ella se levantó á recibirle, mudadas las colores. El bizarro moro la dijo, que le mandase lo que quería que en su servicio hiciese. Galiana le mandó sentar cerca de sí, tratando largamente de las fiestas pasadas, y la muerte del Zegri, y de los bandos movidos para tan pequeña ocasion, y de otras cosas, con las cuales palabras se enlazaban las almas, y se aficionaban los ojos. Y satisfaciendo el enamorado moro á la dama, no menos aficionada que él, la dijo y propuso lo siguiente: «grande ha sido, señora, la batalla de los Abencerrajes y Zegries, y desdichada la muerte de Mahomad Zegri; pero yo os certifico, señora de mi libertad, que es mas la guerra que en mi alma y pensamiento hacen vuestra beldad y hermosura; muerto me han vuestros ojos de amor; mi pecho se abrasa y arde en amorosa llama; si no acudis al remedio, sin duda moriré; recebidme en vuestro servicio, señora, y no seáis ingrata á mi amorosa voluntad.» Galiana estuvo atenta á las discretas razones del aficionado y gallardo moro, y en extremo holgó de ver tantas muestras en su querido Sarracino, porque ya labraba amor dentro de su pecho, y le estimaba y quería tiernamente, y así con alegría le respondió: «no es de nuevo, galán Sarracino, en los hombres aficionarse á las damas á primeras vistas y de lijero, y los primeros dias tienen algun fervor y fe, y algun cuidado de visitar sus damas, y pasearles las calles. Aquesto hacen por obligar á las damas, y dura en ellos entre tanto que ellas se rinden, y se manifiestan por suyas; y en siendo señores de su libertad, en ese punto cesa el cuidado y la solicitud, y aun vienen á olvidar y aborrecer sin causa; y así las damas, que vivimos libres, no habíamos de dar crédito á vuestras palabras y promesas.» Sarracino respondió: «juro por Mahoma, y él me falte si yo faltare jamás en serviros, quereros y adoraros, y á fe de caballero de ser muy fiel y leal mientras viviere.

—Bien entendido, dijo Galiana, que un caballero tan principal como vos cumplireis vuestra palabra, como quien sois: sabed, que he de ir á Almería, porque se me acaba la licencia que me dió mi padre, y así habré de partirme de Granada; y antes de irme, holgaré de hablaros mas despacio, y sea esta noche á hora conveniente, y con mucho secreto os pondé debajo deste balcon, y podremos hablar con mas quietud que ahora; y con esto os id con Alá, antes que el rey lo entienda.»

El favorecido moro se ausentó de los ojos que daban vista á los suyos, y muy ufano y contento, por verse tan favorecido y regalado de la dama mas hermosa y libre de amor que se conocía. Cien mil siglos le parecia cada hora de las que faltaban hasta la dichosa hora que esperaba. Habiendo acabado Febo su curso, y empezado Tetis á tender la tiniebla oscura, que no lo era para el enamorado moro, se fué á palacio, prevenido de armas defensivas y ofensivas para lo que se ofreciera; y á la una, cuando todos de ordinario reposan, se acercó al balcon de su señora Galiana, y escuchando, oyó tocar un laud muy acordado, y una tierna y delicada voz, que al son del instrumento cantaba con gran suavidad, y mostraba en sus acentos estar herida y lastimada de amor, segun las pausas que hacía, y suspiros que daba. El gallardo moro estuvo atento á la dulce música y suave voz, y al sentido de la dolorosa cancion, que dice así:

Divina Galiana,
Es tal tu hermosura,
Que iguala con aquella que el Troyano
Le diera la manzana,
Por quien la guerra dura
Le vino al fuerte muro de Dardano.
Oh rostro soberano!
Pues tienes tal lindeza,
El que podrá gozarte
Dirá, que nunca Marte
Gozó cuando fué preso tal belleza;
Ni el que se llevó á Argos
La causa de la guerra de años largos.
Y pues sube de punto
Tan alto tu belleza,

Que no hay acá tu igual en todo el suelo,
Do muestres el asunto,
Tan lleno de aspereza,
Como Anajerte hizo al sin consuelo
Amante, que de vuelo
El cuello puso al lazo,
Por salir de tormento,
Y quisó que llegase tan mal plazo:
Muéstrate piadosa,
Pues eres en verdad divina diosa.

Oyendo el bravo Sarracino la enamorada canción, y no pudiendo sufrir más que el puesto donde había de hablar á su querida dama estuviere ocupado, se llegó á reconocer quién era el que cantaba. El cual, como sintió gente, dejó de proseguir su música, y se aprestó de sus armas. Era el músico el fuerte Abenámbar, el cual estaba amartelado de la bella Galiana, y por ablandar y mover á quien tan exenta vivía de amor, la cantaba aquella endecha triste. Llegóse Sarracino á él, y le dijo: «qué gente?» Respondió: «un hombre.» Replicó: «mucha nota veo en lo que habeis hecho, por dormir la reina y sus damas en ese cuarto, y podrá el rey sospechar algo, que por ventura no hay.—No se os dé nada á vos, dijo Abenámbar, ni os entremetáis en lo que no os va nada, sino pasad adelante antes que os envíe contra vuestra voluntad. — ¡Oh villano! yo veré si vuestras obras son como las palabras, dijo Sarracino, abrazando su rodela.» Con el alfanje en la mano embistió á Abenámbar, que no menos aperebido estaba que él venía, y se comenzaron á dar muy grandes golpes. Era tanto el ruido que hacían peleando, que algunos caballeros, mancebos moros, que buscaban sus pretensiones, acudieron á poner en paz, y no fué menester, porque como los valientes guerreros sintieron venir gente, se apartaron, por no ser conocidos. Abenámbar quedó herido en un muslo de una herida pequeña. Los caballeros procuraron conocer los que peleaban, y nunca fué posible, porque huyeron cada uno por su parte. La hermosa Galiana vió todo cuanto pasó, porque ya estaba puesta en un balcon, cuando Abenámbar comenzó á tañer y cantar; y como vió trabada la pendencia, se retiró á su aposento, temerosa no sucediese alguna desgracia á su querido Sarracino. No fué tan secreto este negocio, que no lo supiese el rey, y mandó que se hiciese informacion, para que fuese castigado el causador del escándalo. Procuróse hacer, y en ninguna manera se halló quiénes fueron los de la pendencia.

Pasado todo esto, se dió orden para llevar á Galiana á Almería, y mandó el rey que se aprestasen cincuenta caballeros, para que fuesen en su compañía; y estando todo á punto entró en palacio Mahomad Mostafá, alcaide de Almería y padre de la hermosa Galiana. Traía consigo una hija menor que Galiana, y tan hermosa como ella, la cual se llamaba Celima: el rey se levantó y abrazó al alcaide, diciendo: «¡qué buena venida es esta, amigo Mostafá, que con ella me has dado gran contento! Tu hija Galiana estaba ya aprestada para irte á ver con el acompañamiento que tú y ella mereceis.» Mostafá le respondió: «bien tengo entendido, que de tu larga y magnífica mano he de recibir mercedes, como siempre me las has hecho: mil años vivas para que en tranquilidad y sosiego nos gobiernes.—Yo os agradezco aquesa voluntad,» dijo el rey, y fué á abrazar á la bella Celima, y ella humillada le besó las manos. La reina y sus damas se levantaron á recibir á Celima, y ella le besó las manos á la reina, y abrazó á su hermana, y las damas se maravillaron de la hermosura de Celima, y ella de la de las damas y su bizarría. El alcaide Mostafá fué recibido con mucho amor de todos los cortesanos, y el rey le mandó sentar en un rico cojín cerca de sí, y le dijo: «holgádome he de tu venida y de la de tu hija, y querría saber qué te ha movido á traerla á Granada.» El alcaide le dijo: «poderoso rey y señor mio, después de venir á besar tus reales manos, traigo á mi hija para que sirva á mi señora la reina, en compañía de las damas y de su hermana Galiana, porque no se halla en Almería, especialmente por

el temor que tiene á los rebatos que nos dan siempre los cristianos; y me pareció que estaba mejor en Granada que en Almería.—Bien has hecho, dijo el rey, porque aquí estará en compañía de su hermana y gozará de las fiestas que cada día se hacen, aunque las pasadas fueron escandalosas.»

A esta sazón entró un moro viejo, y dijo cómo un caballero cristiano paseaba la Vega bien alistado de armas, en un poderoso caballo, que ponía espanto su brio y fortaleza, y no podía conocer quién fuese de cierto, por traer puesta la celada. El rey dijo que le procurasen conocer; y á este tiempo estaba en el Alhambra él, y la reina en la torre de Comares. Deseoso el rey de ver al caballero cristiano, subió á la torre de la Campana, y con él la reina, caballeros y damas. Es la mas alta torre del Alhambra, la cual señorea toda la Vega; y mirando á ella, vieron un caballero armado de muy lucidas y fuertes armas, en el escudo y penacho una cruz roja, sobre un hermoso caballo, que se paseaba como si estuviera en su misma patria. En viendo la cruz roja, dijo el rey: «no es posible sino que aquel caballero es el maestre de Calatrava; así por la insignia como por la osadía que ha tenido de llegar hasta la ciudad;» y cuando el maestre vió al rey y á las damas, alzó la celada é hizo la reverencia debida; y por todos conocido, le fué hecha cortesía, y en particular por la reina y sus damas. Hecho esto, puso el maestre un pendoncillo rojo en la punta de la lanza, que era señal de batalla.

Mostafá, alcaide de Almería, pidió licencia al rey para salir á escaramucear con don Manuel Ponce de Leon, maestre de Santiago, atento que en una escaramuza le había muerto á un tio suyo, y queria vengar su muerte. «No te metas en eso, le dijo el rey, que caballeros hay en mi corte que saldrán.» Todos los caballeros le pidieron licencia para irse á ver con el maestre, y un paje les dijo, que no se cansasen, que ya había salido de palacio un caballero á escaramucear. El rey preguntó, quién le dió licencia. Respondió el paje: «mi señora la reina se la dió, porque él se la pidió. — ¿Y quién es el caballero que salió?—Malique Alabéz, dijo el paje.—Pues si es así, yo me huelgo, porque es buen caballero y hará como quien es: siendo ambos tan valientes, será de ver la escaramuza.» A muchos caballeros les pesó, porque iba Malique Alabéz á la batalla, y quien mas lo sintió fué la hermosa y querida Cobayda, porque le amaba muy tiernamente, y no quisiera que se pusiera en tanto peligro; y pidiendo licencia á la reina, se quitó de los miradores, por no ver la batalla, y estuvo con mucha pena hasta saber el suceso de la escaramuza. El rey mandó que saliesen cien caballeros armados, que fuesen en guarda de Malique Alabéz, por si estuviere puesta alguna emboscada de cristianos. Así como el rey lo mandó, se fueron á armar, y vinieron á la puerta de Elvira á aguardar que el valeroso Alabéz viniese para ir en su guarda.

CAPITULO VIII.

De la batalla cruel que Malique Alabéz tuvo con don Manuel Ponce de Leon, en la Vega, y de lo que en ella sucedió.

Así como el caballero cristiano puso el pendoncillo en la punta de la lanza, se quitó de los miradores Malique Alabéz, de donde estaba la reina: hincando la rodilla en tierra, la suplicó le diese licencia para salir á escaramucear con aquel caballero cristiano, porque, si se la daba, queria en nombre de todas las damas hacer aquella escaramuza. La reina se holgó de ver el valeroso ánimo del valiente Malique Alabéz, y con rostro alegre le dijo: «pues es vuestro gusto, caballero gallardo, servirnos hoy, os lo agradecemos mucho: Alá os dé el suceso que deseamos; yo os doy la licencia que pedís; id en dichosa hora.—Y yo confío en Alá, dijo Alabéz, que con estas mercedes alcanzaré la victoria.» Despidióse con esto de la reina, y al partirse miró á su señora Cobayda, y la vió muy triste;

y llegando á su casa, mandó ensillar el potro rucio que su primo, alcaide de los Fez, le había enviado, y que le diesen una fina adarga de Fez, y una toca jacerina. Púsose encima de las armas una aljuba de terciopelo morado, toda guarnecida de tejido oro, y encima del casco un bonete morado, y en él un penacho de plumas pajizas y blancos martinetes, y con él unas garzotas pardas, verdes y azules. Apretó bonete y casco en la cabeza con una toca azul de seda entretrejida con oro, dando vuelta á la cabeza haciendo della un turbante, de la cual asentó una rica medalla de oro de Arabia, labrada de montería, con dos ramos de laurel que parecian naturales; las hojas eran de una finísima esmeralda, y en medio de la medalla esculpida la efigie de la dama muy al natural. El bizarro y valiente moro tomó una lanza con dos afilados hierros, y bien armado de todo lo necesario, sobre un lozano caballo salió de su casa, y fué para la calle de Elvira, en la cual había muchas damas, las cuales se holgaban de ver la bizarría y gallardía de Alabéz.

En llegando á la puerta de Elvira, halló cien caballeros que iban para su seguridad, todos muy bien armados; y en saliendo al campo arremetieron sus yeguas los moros, escaramuceando unos con otros, que era muy de ver. Pasaron todos juntos por delante de los miradores de estaba el rey, la reina y las damas, y Alabéz hizo arrodillar el caballo, y el bizarro moro inclinó cuanto pudo la cabeza, haciendo grande acatamiento. Fuéle correspondido por todos, y acercándose á don Manuel, dijo: «por cierto, cristiano caballero, que da tanto contento vuestro buen talle, que se echa de ver bien ser vuestro valor mucho, y tengo gran gozo en que mi ventura me haya traído á verme con vos; y si la fortuna me fuese tan favorable que alcanzase de vos la deseada victoria, me tendré por el caballero mas dichoso del mundo; y si el hado triste y mi mala suerte me tiene determinado que quede cautivo ó muerto á vuestras manos, lo tendré á feliz dicha; y si es voluntad vuestra decirme el nombre que teneis, lo tendré en merced, porque sepa de quién alcanzo gloria ó muerte.» El valiente maestre escuchó las comedidas razones del valeroso moro, y por satisfacerle le dijo: «noble moro, cualquiera que vos seais, vuestro cortésano y discreto término merecé mucho, y yo por complaceros os lo diré. A mí me llaman don Manuel Ponce de Leon, profesor de mi divisa; y pues ya sabeis mi nombre, si gustais de decirme el vuestro me holgaré de saberlo.—No sería término de caballero, dijo el moro, negar una petición tan justa: yo me llamo Malique Alabéz, soy de linaje de reyes, y no será menosprecio vuestro el escaramucear conmigo; y pues sabeis quién soy, y yo quién vos, empecemos nuestra escaramuza.»

En diciendo esto, revolviendo los caballos, se acometieron con tanta furia, que parecia haberse juntado dos peñascos. Juntos pues los dos caballeros, se daban tan recios y desaforados golpes y botes de lanza, que causaban admiracion. No fueron bastantes los finos escudos á resistir la gran violencia de la fuerza con que se acometieron, porque ambos fueron falseados; y tornando á revolver los veloces caballos, con vueltas gallardas proseguian su escaramuza el uno contra el otro. Grande era el contento que recibian todos los que miraban la cruel batalla, por ver los arduos de guerra y las gentilezas que cada uno hacia por rendir á su contrario. Dos horas y mas habia que batallaban los dos valientes guerreros, sin que se pudiesen herir con las lanzas, porque aunque cada uno hacia sus diligencias para herir con ellas, era en balde, respecto que se adargaban muy bien. El moro vió que el caballo del valiente don Manuel no tenia ya la velocidad que de antes, porque le pareció que debía de estar cansado; y era así, que lo estaba, pues muy gran rato habia que el maestre lo habia sentido; pero su esfuerzo suplía la flojedad del caballo, y hacia todo lo que podia. No quiso mejor ocasion que aquella el astuto Malique Alabéz, y aprovechán-

dose della, empezó á dar vueltas y acometimientos, y á revolver el caballo tan á menudo y con tanta lijereza, que á don Manuel le causaba gran admiracion. Todo esto hacia el valiente moro con intento de acabarle de cansar el caballo, y desalentarle, para en viendo ocasion ejecutarla. Fue así, que teniendo ya muy acosado el caballo del maestre, acometió á herirle por el brazo derecho, y don Manuel fué al remedio, y revolviendo con grande presteza al lado izquierdo, le hirió de una lanzada, sin hacer resistencia la fina cota, porque el temple de los hierros de la lanza de Alabéz eran estremados. La herida fué peligrosa, y della salía mucha sangre.

El valiente don Manuel, sintiéndose herido, mas bravo que su apellido, enristró la lanza al tiempo de revolver para salirse por el lado descubierto, y el hierro le entró en la carne, y abrió una muy peligrosa herida. No hay serpiente ni áspid tan ponzoñoso cómo estaba el valiente moro viéndose mal herido, y con una cólera frenética embistió á don Manuel con la lanza, y pasándole el escudo fué herido otra vez. Casi corrido don Manuel arremetió al moro con tal furia, que le dió otra herida peor que la primera. Andaban tan embriagados de cólera por verse heridos, que mientras mas batallaban mucho mas se cegaban en su pelea, y no se conocia ventaja en ninguno. Y con esto muy enojado don Manuel por tanta dilacion, que habia cuatro horas que escaramuceaban, y no se conseguia la victoria, entendiendo que estaba la falta en la flojedad de su caballo, por estar tan sudado y cansado, se apeó dél con una lijereza estraña, y cubierto con su escudo, puso mano á la espada, y con ánimo belicoso se fué al valiente moro, el cual, como le vió á pié, se maravilló mucho, y confirmó el ser de animoso corazon; mas por no ser reputado de villano se apeó y se fué á don Manuel, fiado en su gran fuerza y valor, cubierto con su adarga, y un alfanje de Marruecos en la mano, y comenzó á dar tan grandes golpes, que el maestre sentia bien la fuerza de su brazo. No se descuidaba el maestre en herir á su contrario y en defenderse dél; y era de tal suerte, que no se juntaba vez que el moro no saliese herido, por ser mucha la destreza y fortaleza del maestre, y por la mucha esperiencia que tenia en la escaramuza, como quien cada dia se veia en ellas. Y aunque el valiente y fuerte moro procuraba herir al maestre, no podia por hallarse siempre muy bien adargado, y en lugar de herir salia herido en cada entrada que hacia. A esta causa estaba maltratado y con muchas heridas, muy cansado y desangrado, pero no por eso dejaba el animoso moro de batallar y mostrar tanto esfuerzo, como si empezara en aquel momento.

Fué muy de ver en esta hora ir el caballo de Alabéz al del maestre, y las crines erizadas, y con una furia estraña empezó á morder y tirar coces, donde se trabó una escaramuza entre los dos caballos que causaba risa al rey y á las damas, que se admiraban de ver la fortaleza de los caballos, aunque el del moro llevaba lo mejor porque estaba enseñado en aquello. Los dos valientes guerreros continuaban su batalla, aunque con notable daño de Malique Alabéz, porque estuvo á pique de rendirse, y favorecióle la fortuna en este modo. El maestre habia dejado gran trecho de donde peleaban á ochenta caballeros que traía para su guardia; viendo que duraba tanto la escaramuza, se acercaron los guerreros para ver el estado de la batalla. Los cien moros que eran en guarda de Alabéz, como vieron venir aquel lucido escuadron de cristianos, y tan bien alistados, se recelaron, y mas cuando los vieron acercarse tanto: entonces espolearon las yeguas, y arremetieron contra los cristianos con gran algazara. Los cristianos, entendiendo que era traicion, por guardar á su señor, les salieron al encuentro, y entre todos se trabó una sangrienta escaramuza. Peleaban valientemente, dándose terribles heridas, tanto que habia por el suelo muchos cuerpos sin almas.